

ADOLFO DíEZ GÓMEZ



CUENTOS HEROICOS ARGENTINOS

BIBLIOTECA INFANTIL "GENERAL PERON"

BUENOS AIRES

ADOLFO DíEZ GÓMEZ

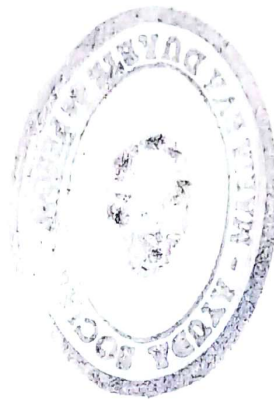
CUENTOS
HEROICOS
ARGENTINOS





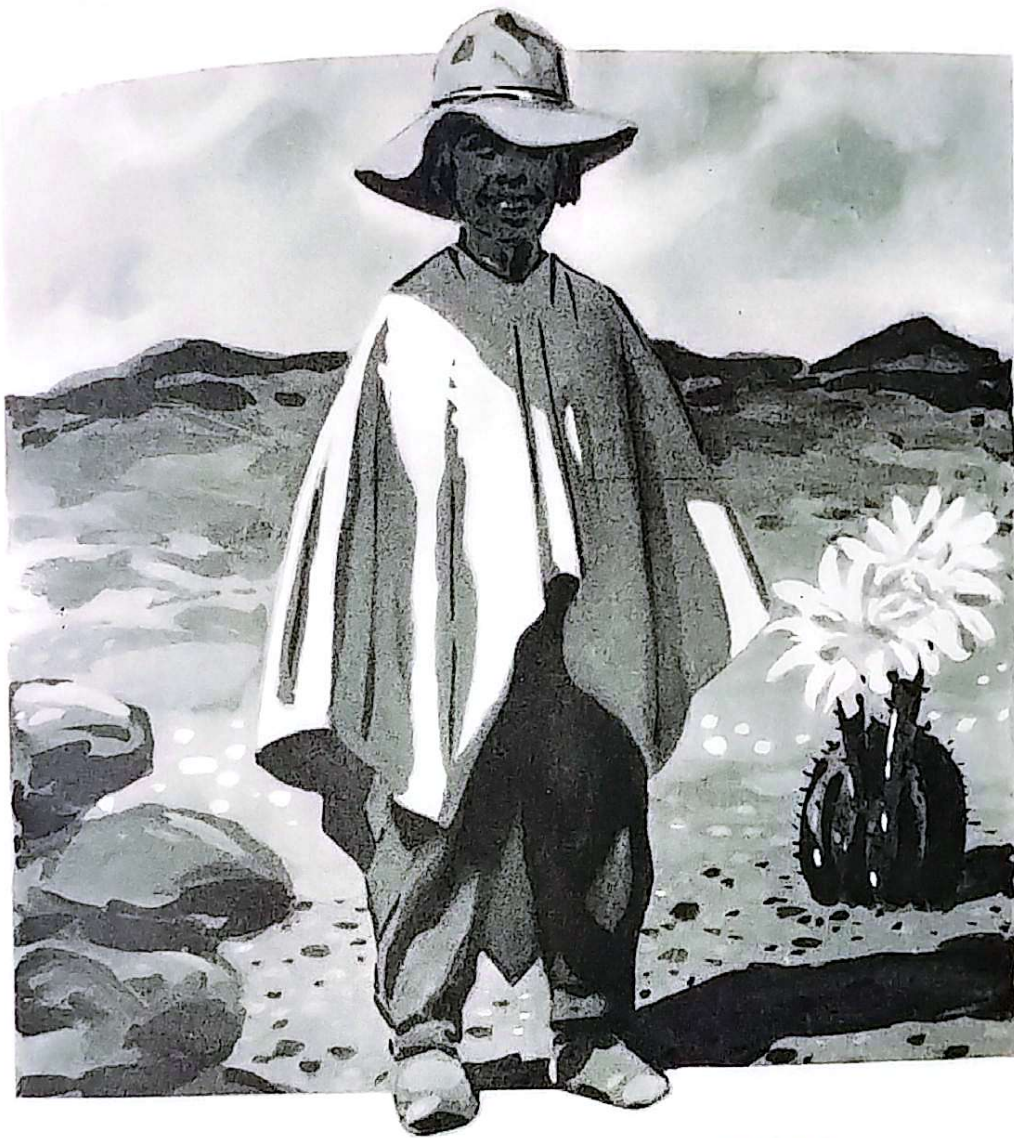
ADOLFO DíEZ GÓMEZ

CUENTOS HEROICOS ARGENTINOS



ILUSTRACIONES DEL ESTUDIO
«PENTÁGONO»

BIBLIOTECA INFANTIL "GENERAL PERÓN"
BUENOS AIRES



EL CHANGO DEL GENERAL GÜEMES

CHICOANA ES UNA MODESTA VILLA DE LA provincia de Salta que, aunque silenciosa y pobre en el día de hoy, fué, en épocas de nuestra independencia, teatro de hechos heroicos que ningún argentino debe ignorar.

Por el año de 1818 vivía en dicha población norteña un joven de nombre Carlos Bermúdez, al que, tanto entre sus amigos como entre el vecindario, sólo se le conocía por el mote de "El Chango".

"Chango" es una palabra queshua, que quiere decir, precisamente, muchacho, y se aplica a los varones desde sus primeros años hasta cuando pisan los umbrales de la edad en que ya les crece el bigote.

El Chango, como desde ahora lo llamaremos, era un hombrecito de quince años, inteligente y arrebatado, que se había convertido en la constante preocupación de sus padres — humildes comerciantes lugareños — debido a sus ideas independientes y a sus acciones resueltas.

Muchas y muchas veces lloró la madre por las largas ausencias del desobediente y tuvo el padre que cerrar su tienda para recorrer los caminos de la montaña, con el temor de haber perdido al hijo en algún accidente, puesto que un resbalón en las empinadas cuestas bien puede ser causa de una horrible muerte.

Pero el Chango no hacía caso de reprensiones y castigos y, por las mañanas, al mando de una pandilla de muchachuelos como él, trepaba a los cerros cercanos, pasando todo el día dedicado a la caza de las pavitas del monte u otros animales de los contornos.

Una tarde en la que, como de costumbre, andaba de recorrida por los ásperos senderos, oyó a lo lejos ruido de gente a caballo que venía por el camino de Jujuy. En cualquier otra oportunidad no hubiera





despertado ningún interés tal encuentro, ya que era frecuentado por viajeros y grandes tropas de hacienda, pero, en esta ocasión, llamáronle poderosamente la atención los jinetes, uniformados con chaquetas rojas, pantalones blancos y largas lanzas de afiladas puntas.

El Chango, empujado por la curiosidad, en pocos saltos bajó la cuesta y se detuvo en medio del camino por donde tenía que cruzar aquella extraña gente.

Pocos minutos después el pelotón apareció tras de una loma y, al paso lento de los animales, que llegaban muy cansados, se acercó al lugar donde había quedado parado el muchacho. Al frente venía un hombre montado en un alazán. Este jefe — que tal parecía — cubría su cabeza con un alto morrión de cuyo lado derecho colgaba una borla negra que le tocaba el hombro; usaba también chaqueta roja con alamares plateados, pantalón blanco y botas de cuero. Su rostro era noble, de ojos oscuros de penetrante mirada, amplia frente y barba espesa y negra.

Al Chango lo impresionó sobremanera el airoso porte de este personaje que, al detenerse la tropa, le hizo una seña amistosa para que se aproximara.

—Dime, Chango — le dijo, llamándolo sin saber por el mote de siempre —, ¿tú eres de estos lugares?

—Sí, señor...

—¿Andas seguido por este camino?

—Casi todos los días.

—¿Has visto soldados vestidos con trajes blancos alguna vez?

—¿Soldados? — preguntó el chico, sin conocer el significado de la palabra.

—Sí... realistas — subrayó el hombre.

Ahora comprendía menos. Lo miró azorado y no supo qué contestar.

—Te pregunto si has visto gente, mucha gente armada como nosotros, por estos lados.

—Nunca, señor. Es decir... hace algunas noches me despertó un ruido de caballería que pasaba por mi pueblo... Como estaba oscuro no los pude ver pero, según mi padre, eran hombres del Rey.

—¡Ah! — exclamó preocupado su interlocutor, y luego, observándolo detenidamente, añadió —: Tú... ¿eres criollo? ¿Has nacido en esta tierra?

—Sí — respondió el Chango enderezándose con orgullo.

—¿Te gustaría luchar por ella?

—¿Luchar? ¿Y por qué?

—¿Conoces lo que quiere decir la palabra libertad?

El niño no pudo contestar.

—Yo te lo explicaré — continuó el jinete —; a ti te gusta correr por las montañas, trepar los cerros, penetrar en los bosques y subir hasta las cumbres, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues ésa es la libertad. Pero... si alguien te atara de pies y manos y no te dejara gozar de tus paseos, ni contemplar el sol cuando te plazca... ¿qué le harías?

—Lucharía, señor — contestó con prontitud y energía el muchacho.

—Pues bien — terminó el militar —, nosotros nos hemos reunido para morir por la libertad y vencer a los opresores.

—Entonces, señor — gritó el Chango —, ¡yo soy su amigo!

El hombre sonrió satisfecho y le estrechó la mano.

—¡Así me gusta! Somos pocos, pero suficientes como para atajar a los que quieran dominarnos. Tú no tienes edad para empuñar un arma, pero puedes prestarnos grandes servicios en otra forma. Escucha y no lo olvides: estamos acampados a tres leguas de aquí, en un bosque de cebiles, junto a la quebrada chica. Si llegas a ver soldados de esos que tu padre ha llamado gente del Rey, corre y avísanos; habrás prestado una gran ayuda a la independencia de tu patria. ¿Lo harás?

—¡Lo juro, señor! — respondió entusiasmado el Chango —. Pero, ¿por quién pregunto si debo verlo?

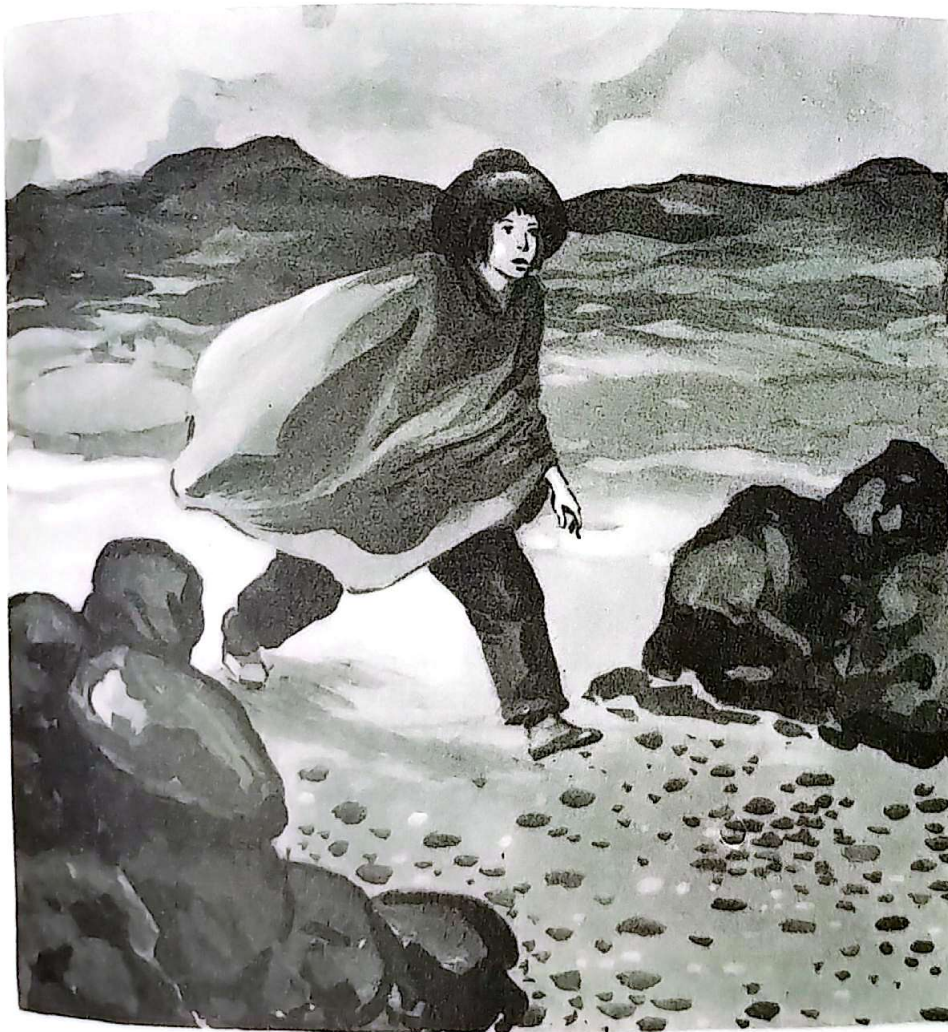
—Por Martín Güemes.

Y el jefe, que no era otro que el bizarro defensor del Norte, el Caballero de la Libertad, como muchos lo han llamado, prosiguió su camino seguido de sus gauchos, dejando al niño entre maravillado y tembloroso.

"Martín Güemes... Martín Güemes", iba diciendo para no olvidarse mientras regresaba al pueblo. Y aquella noche, en la humilde cama junto a sus padres, soñó con soldados, con batallas y con libertad...

Pocos días después alborotábase Chicoana al oír la noticia de que los realistas se hallaban a escasa distancia y que se preparaban a entrar en la indefensa población.

El muchacho recordó las palabras del jefe de roja chaqueta y larga barba negra. Se aprontó a cumplir con su juramento, si es que era verdad cuanto decían.





Los acontecimientos se precipitaron. A la tarde siguiente, una larga columna de soldados, arma al brazo, penetró en Chicoana al mando de un capitán de gesto hosco y mirada cruel.

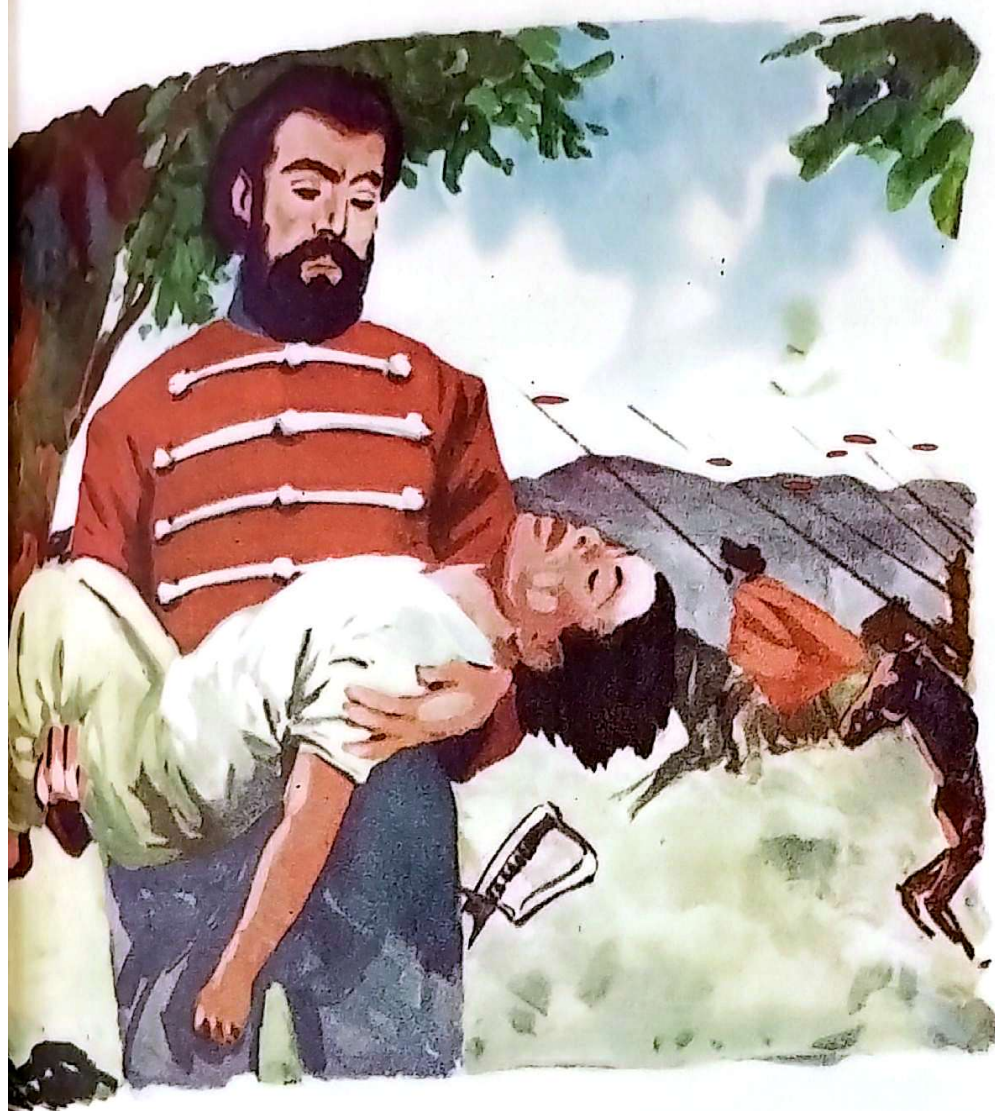
"El primero que intente huir de la población para comunicar nuestra llegada, será fusilado", ordenó brutalmente el comandante realista.

Nadie, desde luego, pensó en desobedecer, mas en una juvenil e impulsiva cabecita bullía el deseo de cumplir con la palabra empeñada.

A medianoche el pueblo dormía. Sólo los centinelas godos se paseaban escudriñando detenidamente las sombras. De pronto, uno de ellos apuntó a la desembocadura de una calle y lanzó un grito estentóreo: "¡Alto o hago fuego!"

Nadie contestó; un bulto pequeño intentaba perderse entre las sombras.

Una descarga de fusil rompió trágicamente el silencio; luego volvió la calma a reinar sobre la atemorizada población.



Varias horas después los soldados patriotas detenían a un niño que, jadeante y pálido, solicitaba casi en un susurro hablar con Martín Güemes...

—¡Hombre! — exclamó el héroe, palmeando al Chango —. ¿Eres tú, amiguito? ¿Qué te trae por aquí?

—Los... los... realistas... En el pueblo... Mi juramento... mi jura... — y, sin poder terminar la última palabra, caía al suelo con un gemido.

Güemes, emocionado, se inclinó sobre el niño. El médico, doctor Castellanos, compañero inseparable del general, puso su oído sobre el pecho del pequeño mensajero e, incorporándose, murmuró tembloroso:

—¡Ha muerto! ¡Tiene una herida de bala en la espalda!

A la madrugada, enterraban al pobre Chango en medio de las sierras, con honores propios de un oficial muerto en el campo de batalla. Ante su tumba, todo un ejército de bravos presentó armas y muchos ojos se humedecieron.



FORTIN SAN CARLOS

POCOS, MUY POCOS CONOCEN LA HOMERICA lucha contra los indios del desierto, llevada a cabo por los ejércitos argentinos durante muchos años de padecimientos y de actos de sublime heroísmo.

Tan despiadada guerra comenzó desde los primeros años de la conquista, cuando los españoles tuvieron que hacer frente a los aborígenes que denodadamente luchaban por la defensa de su tierra.

Nuestra pampa, la dilatada llanura hoy cruzada por interminables vías férreas, en cuyo suelo se levantan magníficas ciudades y en cuyos campos pacen miles de cabezas de ganado, era, en la época de nuestra narración, sólo un desierto inmenso, dominado por los salvajes, cuyas avanzadas llegaban hasta pocas horas de la ciudad de Buenos Aires.

El problema de la conquista del desierto fué, para los gobiernos argentinos, una de las mayores preocupaciones; con el objeto de solucionarlo, enviábanse cuerpos de ejército, los cuales, después de penetrar dentro de la terrible llanura, regresaban hambrientos, enloquecidos por la sed, acosados por las guerrillas con que los hábiles caciques lograban diezmarlos en el camino de regreso.

Muchos son los hechos heroicos que pueden relatarse de tales campañas emprendidas por generales como Pacheco, Levalle, Rivas y otros, quienes tuvieron que luchar contra la astucia y crueldad del indígena. Para poner dique a los terribles malones que habían asolado pueblos como Azul y Tapalqué, resolvió el gobierno instalar en la frontera algunos fortines que vigilaran los movimientos de las tribus dispersas y tuvieran a raya sus incursiones.

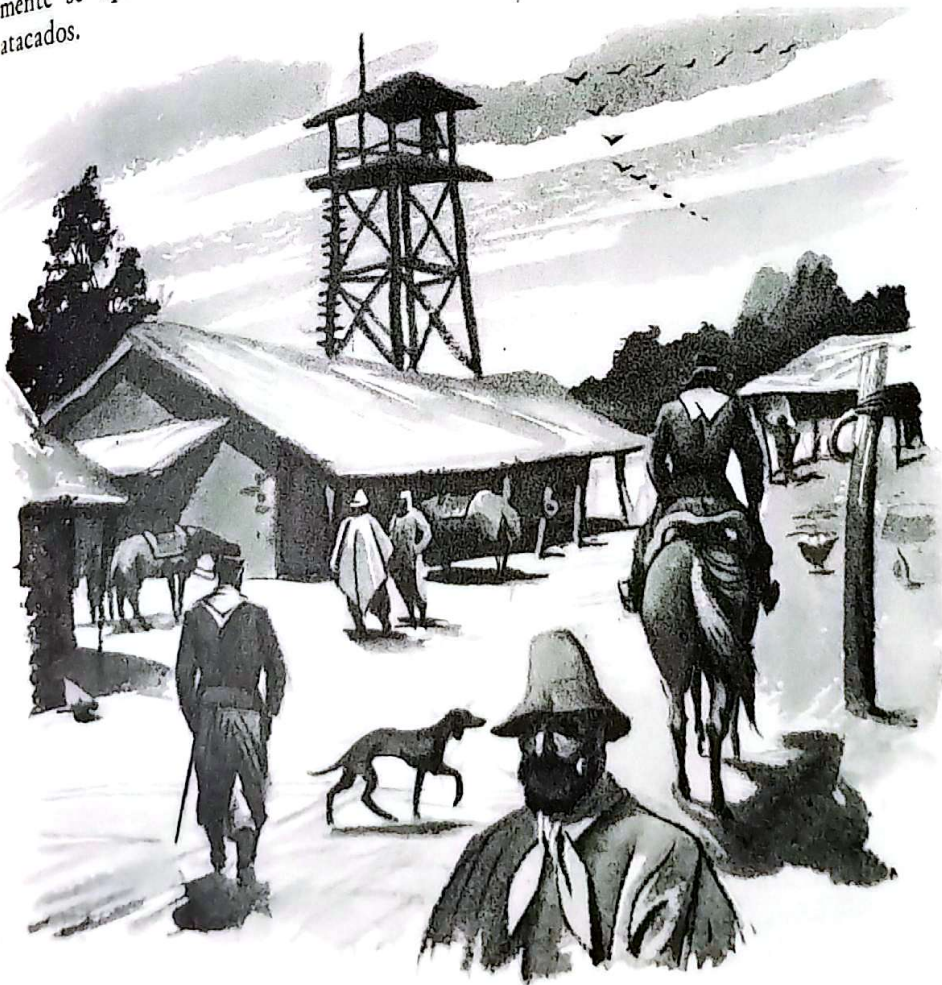
Se conservan aún algunos de estos fortines, como el que se levanta muy cerca de la ciudad de Dolores — precisamente en el lugar en que

hoy se ha instalado el Museo de los Libres del Sur —, en el que se puede estudiar cómo fué la vida llena de privaciones y de peligros soportada por los hombres de aquellos tiempos.

Pero prosigamos con nuestro cuento.
Por el año de 1870 se construyó en el sur de la provincia de Buenos Aires, un lejano fortín al cual se le puso el nombre de San Carlos; allí se instalaron unos treinta soldados con sus respectivas familias, al mando de un oficial y dos sargentos conocedores de la pampa.

Dados los numerosos ataques y saqueos de los salvajes en distintos puntos del territorio, el general Rivas, desde su puesto de comando en el Fortín Argentino, resolvió enviar una fuerza compuesta de cien hombres, dirigida por el coronel Boerr, para castigar a los audaces y quitarles el producto de sus robos.

Boerr se internó en el desierto y, unos días después de haber iniciado la marcha, se le comunicó que era perseguido por más de tres mil indios. En la imposibilidad de regresar, y sin contar con las tropas suficientes para pelear con tan poderoso adversario, resolvió seguir hasta el Fortín San Carlos; allá llegaron, bien entrada la noche, e inmediatamente se aprontaron para la defensa, en la seguridad de que serían atacados.



Militar hecho en la guerra, sereno y disciplinado, el coronel Boerr dispuso inmediatamente cuanto fuera necesario para soportar un largo asedio, procurando dar las mayores comodidades posibles, dentro del medio en que vivían, a dieciocho mujeres, tres ancianos y catorce niños, hijos de los defensores de aquella avanzada de la civilización.

A media cuadra del Fortín corría un arroyuelo del que se surtían de agua para beber, y el jefe, precavido, dispuso que se transportase en barriles el líquido elemento, ya que uno de los más terribles enemigos podía ser la sed.

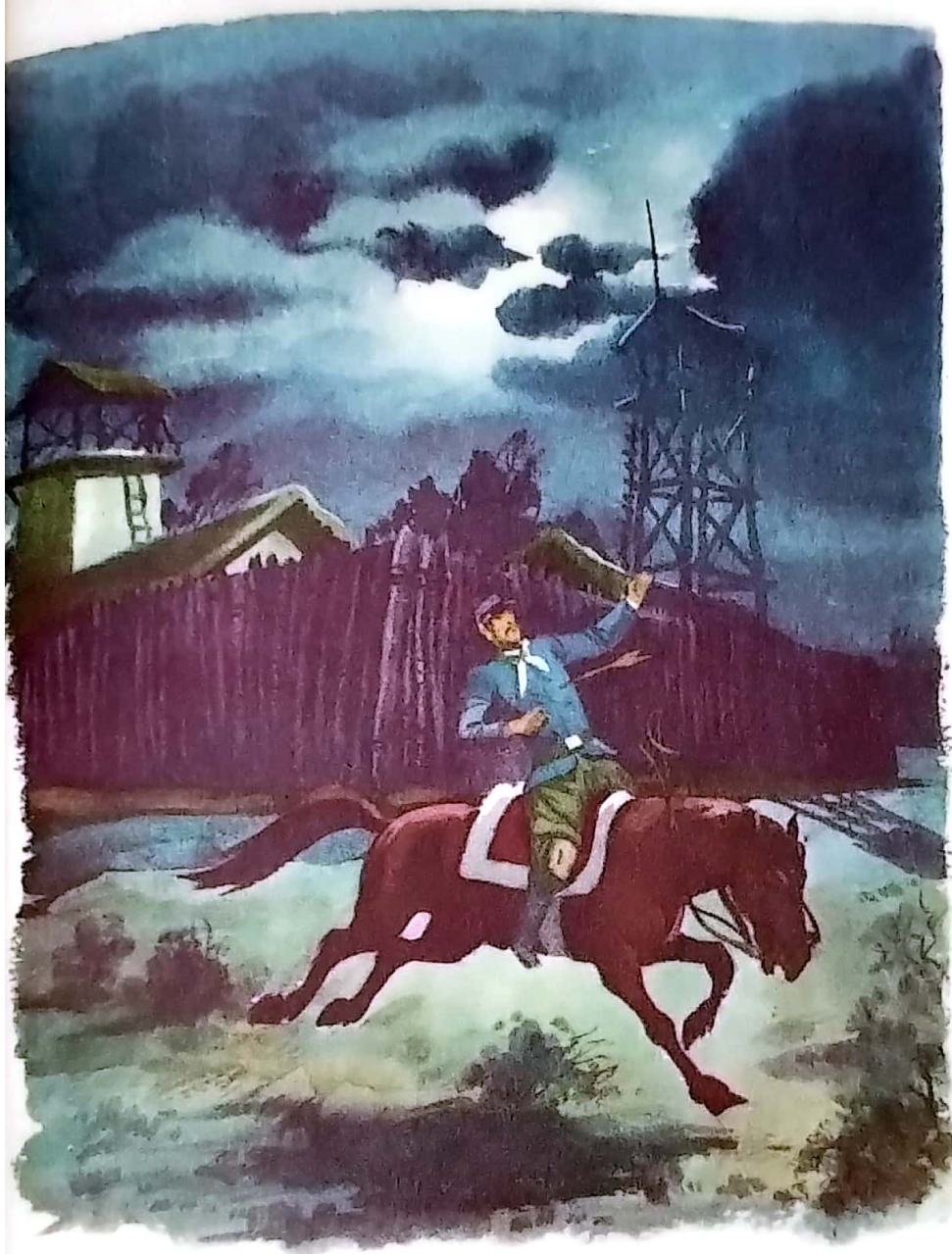
Poco hacía que habían terminado tan dramáticos preparativos, cuando el reducto se vio rodeado por los aborígenes, que así establecían un sitio capaz de significar la muerte lenta y horrible para todos los cristianos.

Boerr envió tres chasquis hacia el Fortín Argentino pidiendo refuerzos, pero los indios se percataron de la maniobra y mataron a los mensajeros.

—¿Qué hacemos? —le preguntó una noche uno de los oficiales.

—¡Luchar! —respondió secamente el admirable jefe.





—Pero . . . ¿y las mujeres y los niños?

—¡Sólo eso me preocupa! — exclamó el coronel, con un dejo de emoción —. Hay que enviar más chasquis, todos los que sean necesarios, hasta que alguno tenga la suerte de romper el cerco . . .

Y así se hizo. Noche a noche uno de los soldados saltaba ágilmente la empalizada protectora, pero, casi de inmediato, se oían sus ayes de agonía.

Luego también el agua empezó a escasear, y los niños comenzaron a llorar de sed, abrazados a sus madres desesperadas. Varias tumbas hubo que cavar para enterrar a los más débiles, y las silenciosas noches

del desierto estremecíanse con el sollozo de las mujeres y los gemidos de los pequeños.

En una de esas noches, cargada de sombras, reunió Boerr a sus oficiales y les dijo:

—¡El cuadro es desolador! ¡Para mañana no quedará ni una gota de agua, lo que significa el desastre total! Pero... debemos morir, uno a uno, procurando salvar a los inocentes que están bajo nuestro amparo. ¡Señores, juremos caer antes que ver a estas desdichadas mujeres y niños en manos de los salvajes!

—¡Lo juramos! — contestaron voces enérgicas.

—Bien... Intentaremos ahora el último golpe para que alguno logre cruzar las líneas del infiel. Un sargento, con veinte hombres, hará una salida por el lado del norte y, para distraer a los indios, luchará cuanto pueda, como si procuráramos abrirnos paso; mientras, el teniente Villanueva, por el lado sur, salta la empalizada y trata de llegar hasta el Fortín Argentino. Señores... ¡manos a la obra, y que sea lo que Dios quiera!

Una hora después, veinte soldados que iban al sacrificio salieron del Fortín atacando a los indios y gritando como poseídos para hacer creer que eran muchos más. Los caciques, suponiendo que los cristianos pretendían entablar la lucha entre las sombras nocturnas, reunieron el total de sus tropas y corrieron a su encuentro. Esto era lo que esperaba Boerr. Dando un abrazo al bravo teniente, lo ayudó a pasar el foso y le señaló el espacio en tinieblas:

—Vaya — le dijo —, corra... ¡De usted depende la vida de estos inocentes!

El valiente oficial, amparado por la obscuridad y por el ruido del pampero, se escurrió entre las filas enemigas, enlazó un caballo y a toda carrera tomó el camino que se le había ordenado.

Cinco días después el ejército del general Rivas llegaba a marcha forzada hasta el sitiado Fortín San Carlos y liberaba a su población, que lo recibía con incontenible alegría.

Treinta y cinco soldados, dos oficiales, tres cabos, dos mujeres y cuatro niños constituyeron el trágico saldo de ese hecho memorable.

San Carlos, desde entonces, quedó como sublime símbolo de lo que es capaz el soldado argentino cuando lucha por la libertad, por el honor, o en defensa de seres desvalidos.





EL SALVADOR DE UN HEROE

NUESTRA HISTORIA ABUNDA EN HECHOS heroicos, y ello demuestra no sólo el valor personal de quienes supieron morir en la lucha, sino también su acendrado amor por la tierra en que nacieron y por los símbolos de la nacionalidad.

Desde las lejanas épocas de la Reconquista de Buenos Aires — tiempo en que los criollos probaron su coraje arrojando al invasor de la ciudad — hasta las casi fabulosas luchas de nuestra Independencia, y, más tarde, en las tristes acciones de la guerra civil, el soldado nuestro supo estar a la altura de su responsabilidad, entregando la vida, en muchos casos, en homenaje a la santa libertad por la que siempre ha combatido y por la que siempre seguiremos combatiendo los argentinos, pues la consideramos madre sagrada de nuestra tierra.

Voy a narrarles ahora, amigos míos, uno de los tantos hechos maravillosos de arrojo y desinterés de que hicieron gala nuestros modestos soldados en todos los momentos, y que, casi siempre, han sido la base de una gran victoria o la salvación de un hombre eminente.

El ejército patriota, derrotado en Huaqui, apenas contaba con mil quinientos hombres mal disciplinados y abatidos por el desaliento, cuando Belgrano tomó el mando. Se encontró con un triste espectáculo de miseria que, con paciencia y tenacidad, supo el gran caudillo corregir.

A los pocos meses había conseguido formar nuevos cuerpos e infundir en esos guerreros la confianza que habían perdido, hasta conver-

tir a un grupo de vencidos en una pequeña fuerza bien armada y vibrante de espíritu combativo.

Con este nuevo ejército, Belgrano se dirigió a Salta y, al tener noticias de que el general realista Tristán avanzaba desde el Norte, emprendió la retirada hasta Tucumán, comprendiendo que, con tan pocos elementos de lucha, la victoria resultaba harto difícil.

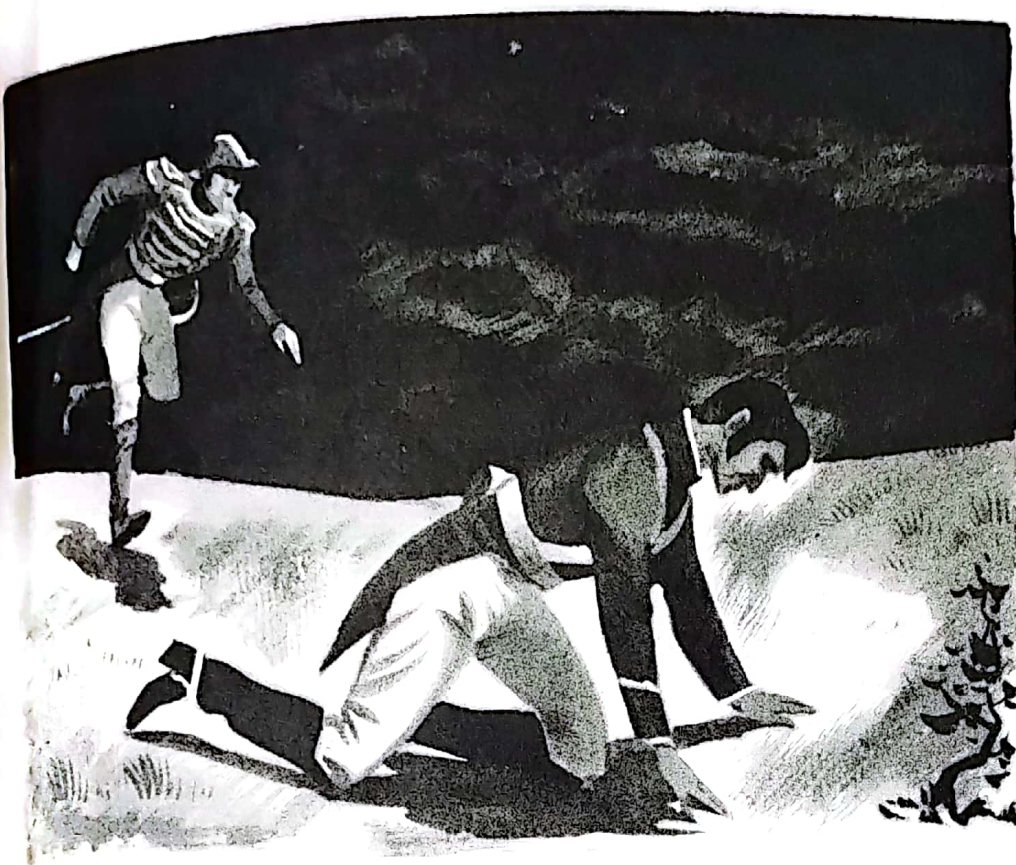
El creador de nuestra bandera resolvió atrincherarse en Tucumán, mientras Tristán y sus tres mil hombres avanzaban con la evidente intención de obligarlo a combatir para derrotarlo y, de tal manera, arrojar definitivamente a los patriotas de las provincias del Norte.

La noche, víspera de la gloriosa batalla, ambos combatientes se habían preparado para la acción. El general Belgrano resolvió efectuar un reconocimiento de sus avanzadas para asegurarse de que se estaban cumpliendo todas sus órdenes.

Llevaba como único acompañante a un soldado de su absoluta confianza, oriundo del Norte, llamado Paredes. Entre sombras se inició el peligroso paseo. Recorrieron algunas trincheras y, a ratos, se internaron en campo raso, casi sobre las mismas líneas enemigas.

La luna que, hasta ese momento, había permanecido oculta por espesos nubarrones, alumbró súbitamente la extensión, dejando al descu-





bierto al general y a su asistente; los dos trataron de ocultarse detrás de una destruída pared de adobe.

Pero un centinela realista logró divisarlos y, luego de gritar ¡alto!, disparó su arma con el objeto de llamar la atención de sus camaradas. Estos inmediatamente se parapetaron muy cerca del escondite de los patriotas, prontos a matarlos a disparos en cuanto intentaran la fuga.

Dramática era la situación. Si pretendían moverse del lugar, serían atravesados por la descarga, y si no lo hacían, corrían el riesgo inminente de ser capturados por el enemigo.

Belgrano, preocupado al darse cuenta cabal de que su prisión significaría quizá la derrota del ejército norteco y hasta pondría en peligro la misma independencia de la patria, resolvió salir temerariamente al descubierto para regresar a la ciudad; entonces, su valiente acompañante lo tomó respetuosamente del brazo, diciéndole:

—Salir es ir a la muerte, mi general.

—No podemos hacer otra cosa — contestó el héroe —; quedarnos aquí equivale a caer prisioneros, y prefiero una bala que termine con mi vida, antes que la vergüenza de verme maniatado por esa gente...

—Es que... ¡la patria lo necesita, y usted no debe morir!

—Gracias, pero no veo otra solución.

—Sí, hay una — respondió Paredes con serena decisión —; yo

saldre de pronto, y la descarga caerá sobre mí. El tiempo que tarden en volver a cargar las armas le bastará a usted, mi general, para salir de aquí y reunirse con los nuestros.

—¡Yo no puedo permitir semejante sacrificio! — exclamó Belgrano, conmovido, palmeando al heroico soldado —. ¡Salgamos los dos juntos y que sea lo que Dios quiera!

Aguardaron un instante a que la luna volviera a quedar oculta por una nube, y ambos, incorporándose, salieron de su improvisado escondite. Pero Paredes, respondiendo a la decisión que había tomado de antemano, se incorporó con mayor rapidez que su jefe, y sobre él cayó la mortífera descarga enemiga.

Belgrano se inclinó sobre el moribundo, dispuesto a socorrerlo, sin pensar en la muerte que lo acechaba a pocos metros...

—Huya, mi general... ¡Un minuto que pierda puede ser fatal!... ¡Huya...! La patria lo necesita... Yo muero contento... ¡Huya!

El general, comprendiendo la inutilidad de su auxilio y adivinando que pronto terminarían los realistas de cargar nuevamente sus fusiles, miró por última vez al hombre que había dado su vida por salvarlo, hizo la señal de la cruz y corrió hacia las líneas patriotas.

Y así, sencillamente, por conservar la existencia preciosa de un militar que dirigía la lucha por la libertad, supo morir un soldado argentino, humilde en su grandeza y grande en su humildad.





EL ABORDAJE

EL COMBATE NAVAL DE JÚNCAL FUE UNA acción heroica de la época de nuestra guerra contra el Imperio del Brasil.

Mandaba la escuadra argentina el almirante don Guillermo Brown. Antes de proseguir nuestro relato haremos una pequeña biografía de tan esclarecido guerrero.

Guillermo Brown era de origen irlandés y, como marino, se dedicaba al comercio con una goleta de su propiedad en la que transportaba a Europa diversos productos de estas tierras.

En los albores de nuestra nacionalidad, cuando los patriotas luchaban con intrepidez por la independencia, este lobo de mar ofreció sus servicios al gobierno, que le confió el mando de una pequeña fuerza para batir a los españoles, anclados en Montevideo.

Bueno es recordar aquí que los primeros barcos con que contó el gobierno patrio fueron llamados *Céfiro*, *Agréable*, *Belfast* y *Trinidad*, todos los cuales se cubrieron de gloria al mando del heroico almirante en los combates de Martín García y sobre la misma rada de Montevideo, en donde destrozaron completamente a la poderosa escuadra realista.

Así comenzó su carrera de marino criollo aquel extranjero noble y valiente que fué una de las columnas inmovibles de nuestra libertad.

Y ahora, mis queridos amiguitos, vayamos a nuestra historia.

Habiendo el Imperio del Brasil declarado la guerra a las Provincias Unidas del Río de la Plata durante la Presidencia de don Bernardino Rivadavia, el gobierno nacional se encontró sin medios ni recursos para defenderse por mar. La potente armada enemiga navegaba a sus anchas, apresando algunos veleros mercantes y bloqueando el río de la Plata.

Menester era, pues, encontrar al hombre que, con energía y rapidez, fuera capaz de solucionar tan dificultosa situación. Naturalmente, se recurrió al almirante Guillermo Brown, a quien se le encomendó la enorme responsabilidad de organizar fuerzas de defensa para las costas de la patria.

Con unos pocos veleros comprados por suscripción popular y con marinos elegidos, la débil flota nacional se hizo a la mar. Pese a su pobreza, tan hábil y audaz fué la dirección, tan diestros y valientes los tripulantes, que logró el milagro de vencer al enemigo en los Pozos y en Juncal, quedando en este último combate completamente deshecho el adversario y prisionera la casi totalidad de su escuadra.

Pero ahora debemos narrar algo que ocurrió en aquella gloriosa acción, el día 9 de febrero de 1827.

Amanecía un día brumoso cuando se produjo el encuentro y comenzaron los barcos a maniobrar para emprender una lucha a muerte.

Brown, sereno y arrogante, desde el puente de mando de su velero observaba los movimientos del enemigo e impartía las últimas órdenes antes de mandar abrir el fuego con sus cañones.

La nave almirante contaba entre su tripulación con un grumete llamado Cárdenas, de no más de veinte años, resuelto y listo, que se había enrolado impulsado por su sed de aventuras.

Cárdenas o "El Mataco", como lo apodaban sus compañeros por su rostro moreno de marcada ascendencia indígena, parado junto a una de las barandas, contemplaba los altos mástiles de los contrarios que ya se divisaban claramente en el horizonte. Su corazón latía con violencia ante la proximidad de la lucha en la que él, por primera vez, iba a tomar parte.

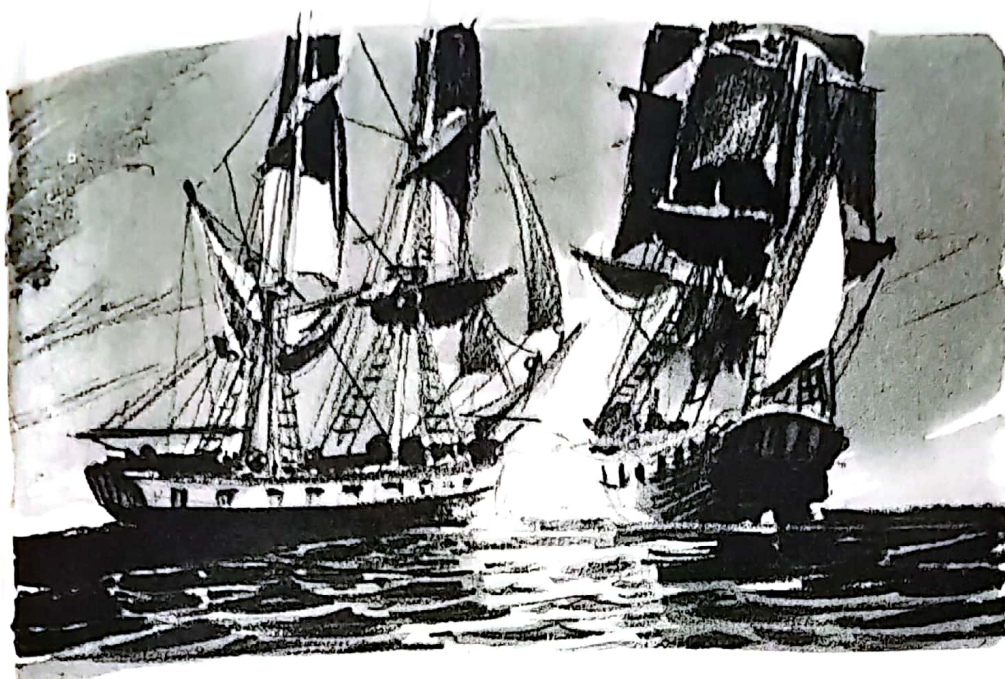
Los veleros amigos, comandados por jefes temerarios como Thorne, Rosales y Espora, se deslizaban lentamente sobre las aguas, prontos para el ataque. Los marineros, arma al brazo, esperaban, impacientes, la ansiada orden.

De repente, la palabra "¡Fuego!" brotó de los labios del almirante, y el tronar de muchos cañones hizo estremecer el espacio, espantando a las gaviotas que revoloteaban sobre los navíos.

Había comenzado el combate.

Era una lucha de titanes en la que, no sólo estaba en juego el honor de unos hombres extraordinarios, sino la misma libertad de la patria.

Los barcos de ambos bandos, luego de las primeras descargas, ma-



maniobraban para acercarse. Algunos de ellos, quebrados sus palos, se inclinaban peligrosamente, poniendo en apuros a la tripulación.

El Mataco, azorado pero lleno de entusiasmo, miraba todo aquello, nuevo para sus ojos de muchacho. Su corazón latía alocado, en tanto que su brazo musculoso levantaba, en ademán de desafío, el fusil humeante.

Las voces de mando dominaban en ocasiones el fragor terrible de la lucha. Los marinos argentinos lanzaban vivas a la patria por cada bala bien dirigida que desmantelaba las fragatas contrarias.

El grumete de nuestro relato, desde su puesto de observación, miraba cómo huía, convertido en una hoguera, un velero brasileño. Todo su ser vibraba de coraje ante la proximidad de una pelea cuerpo a cuerpo, en la que seguramente iba a terminar la heroica acción.

La nave capitana de Brown maniobraba con la evidente intención de abordar una rival, pero sus virajes resultaban inútiles, ya que la adversaria, temiendo el ataque, trataba de eludirlo, ayudada por un viento de babor que facilitaba los esfuerzos de su timonel.

El momento era dramático. Quizá en ese encuentro iba a decidirse el éxito de la lucha.

Brown, intrépido como siempre, cortó la retirada al velero enemigo e intentó, por quinta vez, llegar hasta su amura. Nuevamente quedaron frustrados sus propósitos, y vio la imposibilidad de terminar la lucha con un abordaje.

Algo había que idear. El almirante, pronto en sus resoluciones, gritó con voz estentórea:

—¡Un voluntario que vaya a la muerte!

—¡Yo! — respondieron cien voces.

Brown recorrió con la mirada a toda su tripulación de héroes y

eligió al grumete Cárdenas, que, de un salto, se cuadró decidido frente a él.

—Tu misión es peligrosa, quizá no regreses...

—¡No importa! —respondió el muchacho.

—Bien, mi valiente. Toma este garfio de abordaje, tírate con él al agua, nada hasta el velero aquel y préndelo en cualquier parte de su obra muerta. ¡De tu destreza y patriotismo depende la victoria!

El Mataco no esperó más. Recogió el garfio, anudó la cuerda a su cuerpo desnudo y se zambulló en el agua. Seguían los cañones tronando en todas direcciones.

Pocos minutos después, demostrando su pericia de nadador, llegó hasta el barco brasileño, enganchó el terrible garfio y levantó el brazo para dar la señal de que la orden se había cumplido.

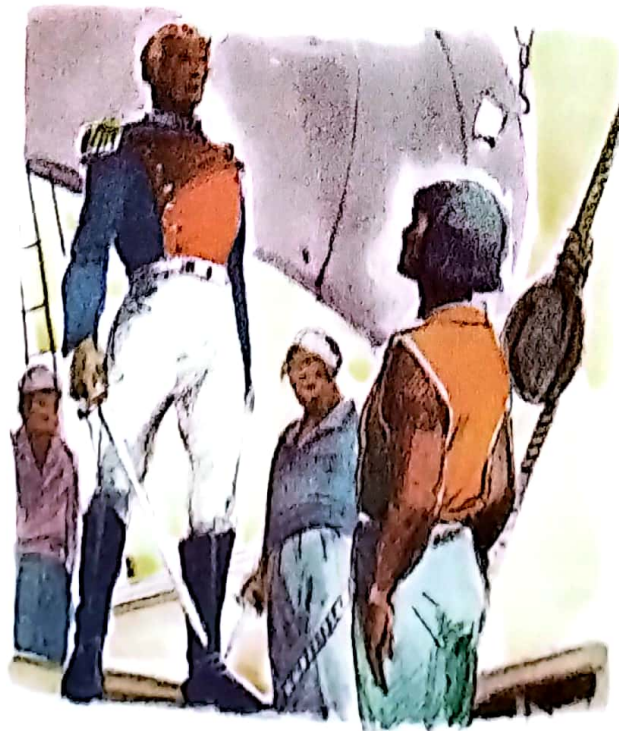
A la nave capitana de Brown poco le costó el abordaje, y la lucha sangrienta que siguió al contacto de los dos barcos subrayó una vez más el indómito coraje de los argentinos.

La victoria fué decisiva, y el combate de Juncal se convirtió en una de las páginas más gloriosas de nuestra historia nacional.

¿Y el Mataco?

Esa noche, en la nave almirante se pasó revista y, cuando se nombró al grumete Cárdenas, nadie respondió al llamado.

El bravo muchacho, cumplida la temeraria misión, se había hundido para siempre entre las rumorosas olas del mar.





DOS SARGENTOS DE CHACABUCO

¿A SABEN USTEDES, MIS AMIGUITOS, QUE EL general don José de San Martín, nombrado jefe del Ejército de los Andes, comenzó a organizarlo y fué ayudado eficazmente en tal empresa por toda la población de Cuyo, principalmente por las damas mendocinas que, con la entrega de sus alhajas, contribuyeron a la sagrada causa de la libertad de la patria.

El día glorioso del 17 de enero de 1817, las fuerzas patriotas emprendían la marcha hacia la cordillera inmensa. Iban divididas en dos cuerpos; el uno, comandado por el general Las Heras, debía cruzar los Andes por el paso de Uspallata, y el segundo, al mando del propio San Martín y teniendo como jefe de vanguardia al general Soler, se aprontaba a pasar el macizo andino por el paso de los Patos.

Las dos columnas, bien pertrechadas, formadas en la férrea disciplina que les había impuesto el héroe máximo de nuestra nacionalidad,

llevaban la consigna de encontrarse en las cuestas de Chacabuco, del lado chileno naturalmente.

Esta hazaña guerrera, coronada por el mejor de los éxitos, ha sido calificada como una de las más grandes y extraordinarias que registra la historia militar del mundo.

Luego de algunos encuentros menores, en los cuales se cubrieron de gloria hombres como Lavalle, Necochea y Soler, las dos columnas expedicionarias se juntaron en el valle de Aconcagua, al pie de la cuesta de Chacabuco.

El general español Rafael Maroto, al mando de aguerridas fuerzas, enfrentó a los patriotas, entablándose al punto una violenta batalla de cuyo resultado dependía, no sólo la libertad de Chile, sino también la propia independencia del suelo argentino.

Y ahora llega el momento del memorable hecho histórico que engrandeció la memoria de dos modestos sargentos del ejército libertador.

El terreno en que se libraba el combate era muy abrupto, y las colinas, piedras, rocas y paredones de granito obstaculizaban la acción de la infantería, que hubiera podido evolucionar con mayor facilidad en la llanura.

Estaba la lucha en su apogeo. Ambos bandos disputábanse denodadamente el triunfo, cuando San Martín envió a un cuerpo de caballería para que destrozara una de las alas del ejército realista; una y otra vez se intentó la maniobra, pero no pudo llevarse a cabo ya que una batería, emplazada sobre una elevación, barría con su metralla el camino por donde debía pasar la división que así perdía en cada intento a muchos hombres.

Crítico era el momento, era necesario tomar una decisión. La batería realista dominaba, y resultaba indispensable silenciarla para poder cumplir con lo planeado.

Fué entonces, en esa hora histórica, cuando dos sargentos humildes del Ejército de los Andes pidieron a su jefe ser ellos los encargados de vencer la resistencia de los terribles cañones que tanto daño causaban ya a los patriotas.

Concedido el permiso por el general Lavalle, los dos audaces, arrastrándose por entre los salientes de la montaña y echando cuerpo a tierra para ocultarse cuando lo exigían las circunstancias, llegaron hasta el sitio desde el cual las piezas enemigas vomitaban la muerte y se trabaron en lucha desigual con los ocho servidores de la batería.

Primero con sus fusiles, luego con las bayonetas y más tarde con sus cuchillos, los dos valientes criollos lograron vencer a los realistas, a quienes ultimaron inexorablemente. Una vez tomada la posición y acalladas las bocas de fuego, la caballería pudo llegar hasta el ala derecha del ejército enemigo y, venciéndola, dió lugar con esta acción al triunfo definitivo de las armas argentinas en la memorable cuesta de Chacabuco.

Esa noche, en rueda de vivac, los soldados del Ejército de los Andes, fatigados y cubiertos de sangre, comentaban la guapeza de los dos compañeros muertos en aras del deber.

Desde entonces llamóse a aquel rincón perdido de la cordillera "El Peñón de los dos Sargentos", como supremo homenaje a esos anónimos y magníficos soldados que habían marchado a tierras extrañas en pos de la libertad de América.





UN HEROE ANONIMO



LOS ACTOS DE ARROJO NO SOLO HAN SIDO patrimonio de los que lucharon entre el fragor de los combates y el humo de la pólvora. Muchos civiles, en la nutrida historia de quienes se inmolaron por un ideal de patria o de amor al prójimo, han pasado al libro de oro de la Nación Argentina.

En la ciudad de Buenos Aires, como en el resto de la República, todos los días comentan los periódicos acciones nobles, hechos emocionantes de abnegación y desinterés, efectuados por personas de ambos sexos que no miden su propio sacrificio cuando se trata de la salvación de otros seres indefensos o desamparados que se hallan al borde de la muerte o de la desgracia.

Esto demuestra de manera evidente que las sagradas palabras de Cristo "Ayuda a tu prójimo", no se han olvidado en nuestra tierra de hombres libres y generosos.

¿Quién no recuerda la emoción de toda la ciudad, hace más de treinta y cinco años, con ocasión del incendio de la tienda "A la Ciudad de Londres"?

Fué aquél un hecho de contornos dramáticos, y quizás el primero de tal magnitud que tenía lugar en la capital argentina.

El edificio donde estaba instalado el negocio contaba con cinco pisos y se elevaba en la esquina de las calles Perú y Avenida de Mayo, siendo quizás uno de los puntos más visitados por el público de aquel entonces.

Cientos de empleados trabajaban en la casa para atender a los miles de compradores que se diseminaban por todos los pisos del establecimiento.

Una tarde, cuando las luces artificiales iluminaban la calzada, oyóse con horror, en el interior repleto de clientes, el trágico grito de ¡Fuego! Rápidamente cundieron la alarma y la desesperación, convirtiendo aquel lugar de alegría y bullicio en un sitio de espanto y de dolor.

Del segundo piso brotaba ya un humo espeso. Las llamas, alimentadas por objetos de rápida combustión, habían tomado cuerpo de tal manera, que aislaban casi por completo los departamentos superiores. De acá para allá corrían grandes y chicos, presas de pánico, pugnando por bajar por las escaleras, a las que también invadía ya el voraz elemento.



El único medio de comunicación que quedaba entre los pisos altos y la calle — que entonces constituía el único medio de salvación — era el ascensor, manejado por un muchacho de no más de veinte años de edad, muy querido por todos sus compañeros debido a su carácter alegre y decididor.

El ascensor tenía que bajar entre los locales intermedios, barridos ya por las llamaradas. Juan — que así se llamaba nuestro héroe —, en lugar de salvarse como hubiera podido hacerlo con la mayor facilidad, decidió, en un arranque de sublime heroísmo, elevarse nuevamente con la máquina, con la intención de recoger a algunos empleados y público que habían quedado bloqueados arriba y sin ninguna esperanza de ayuda.

¡Hecho maravilloso, digno de un personaje de leyenda o de un corazón tocado por la mano de Dios!

El anónimo ascensorista subió y descendió muchas veces, la última de las cuales lo hizo casi asfixiado por el humo acre del incendio. Pero no importaba su vida; de nuevo tenía que volver a subir, porque parecía haber oído gritos de pedido de auxilio entre el infernal horror de las alturas...

Y no dudó un instante: dejó a los que acababa de salvar en brazos de los bomberos y puso otra vez en marcha el ascensor, que se perdió entre las devoradoras lenguas de fuego.

El público, apiñado en la esquina, observaba la escena con el corazón palpitante de emoción.

Juan debía descender... Lo aguardaron cinco, diez, quince minutos, ¡pero el valeroso muchacho no regresó jamás!

Este hecho sencillo nos demuestra, mis queridos niños, que en la vida civil existen también seres extraordinarios, capaces del mayor sacrificio y tan merecedores de nuestra veneración como aquellos que mueren en actos de arrojo en defensa de la patria.





UN OBRERO

A HORA VOY A CONTARLES LA HEROICA acción de un trabajador modesto, capataz en una gran fundición en los suburbios de la ciudad de Avellaneda.

Este laborioso descamisado vivía feliz en su hogar con su esposa y una hijita. Su sacrificio fué aun más meritorio, puesto que, al perder la vida, dejó sin amparo a su familia, para la cual vivía él y trabajaba de sol a sol.

Joaquín Bermúdez fué el nombre del campeón que, sin necesidad de empuñar un fusil o de inmolarse en una batalla, demostró tanto coraje y tanta generosidad de espíritu como los que cayeron en defensa de la bandera de la patria.

Todas las madrugadas, antes de que asomara el sol en el horizonte, llamado por el estridente silbato de la sirena del establecimiento industrial, encaminábase a su cotidiana labor de soldado de paz, después de saludar a su amante esposa y a su hijita dormida, a la que despedía con un beso.

Bermúdez, como decíamos, vivía feliz. No sólo poseía un hogar

sin sombras, sino que en los últimos tiempo había llenado sus mayores aspiraciones al obtener una mejor remuneración en su peligrosa labor debido a las sabias disposiciones de la Secretaría de Trabajo y Previsión, oficina creada y dirigida en sus comienzos por el luego Presidente de los argentinos, general Juan Domingo Perón.

Hoy podía llevar más comodidades a su casa y algún juguete a su hija, que lo aguardaba con los brazos abiertos.

Pero la tragedia se cernía sobre el pobre descamisado.

Una mañana, como de costumbre, llegó a su trabajo. Luego del "buenos días" de práctica, cambiöse de ropa y se encaminó a la planta de fundición, en la que desempeñaba un puesto de suma responsabilidad, ya que medía la temperatura de la gran caldera donde bullía el mineral líquido.

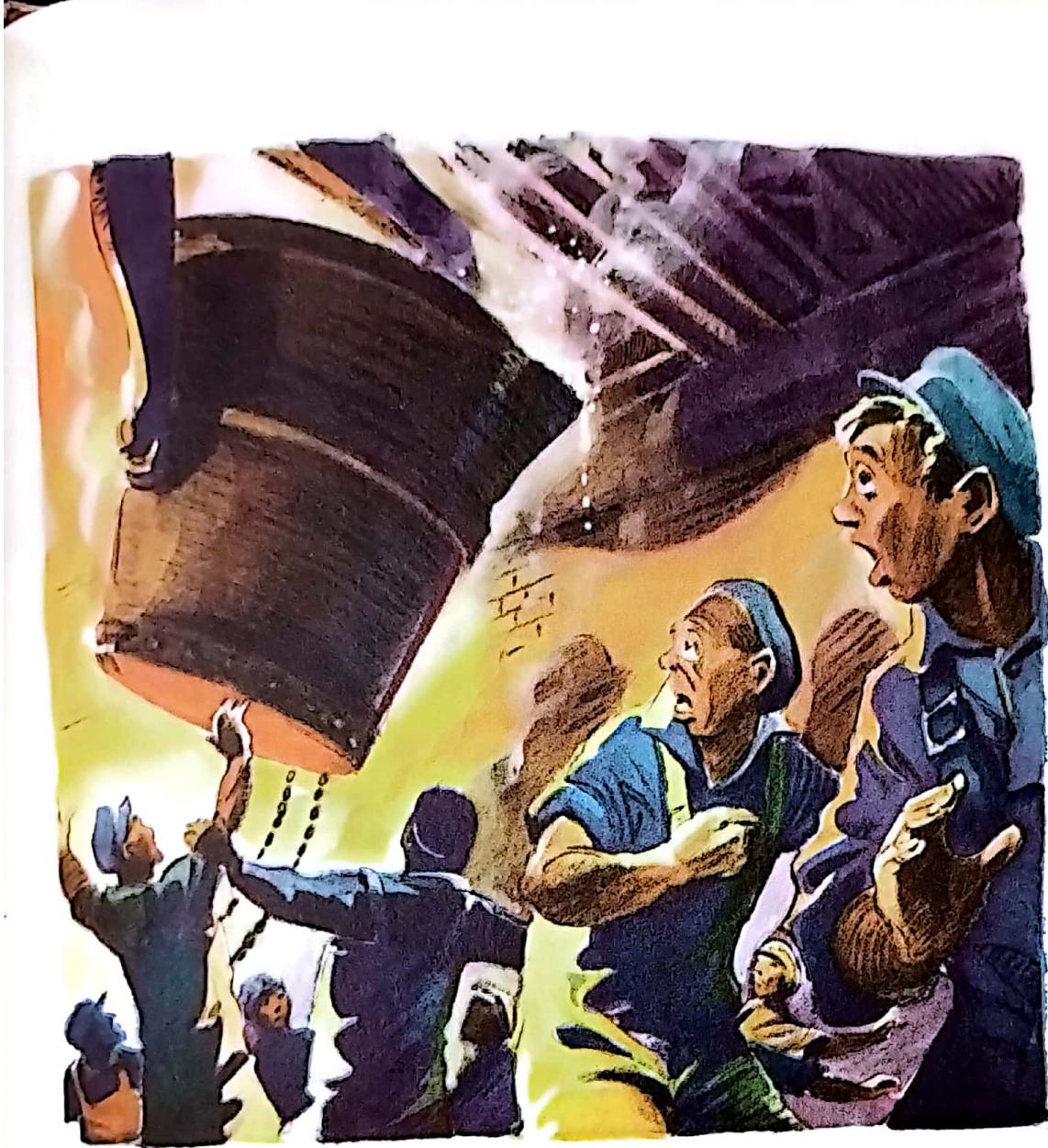
El enorme recipiente estaba suspendido en el vacío, sobre un fuego abrasador, sostenido por dos poderosos garfios que lo sujetaban al techo de la sala.

Veinte obreros, cubiertas las caras por máscaras protectoras, echaban el mineral, mientras otros mantenían la hoguera bajo la dirección de Bermúdez.

El calor era casi insoportable, pero estos bravos soldados del trabajo cumplían con su obligación entre chanzas y bromas que ponían sonrisas en todos los labios.

—¡Eh, compañeros! El infierno de que nos hablan nuestras madres





no ha de ser mucho peor que éste — decía un muchacho, mientras se secaba el sudor de la frente.

—Por el contrario — respondió un viejo de callosas manos —, el que habita el diablo, cuentan que tiene un lujo del que nosotros carecemos. Allá los calderos son de oro y los demonios visten de seda...

La risa brotó espontánea. Prosiguieron la peligrosa tarea entre los ruidos extraños del crepitante fuego y la ebullición de los metales.

—Bermúdez, el capataz, mañana está de fiesta, según nos han dicho. Su hijita cumple cuatro años y habrá buenos vinos. ¿No es verdad, compañero? — preguntó otro.

—Así es — contestó el aludido —, y espero que ustedes no falten.

—¡Allí estaremos todos! ¡Con la sed que nos da este calor! ¿Cómo se llama la pequeña?

—Carmen, como la madre — exclamó orgullosamente el buen hombre —, y, sin querer despreciar a ninguna, ¡mi chica es tan linda como el sol!

—Pues, ¡no ha salido como tú, entonces! — subrayó en una cargajada otro trabajador, palmeando al capataz.

De pronto un alarido de terror cortó la alegre conversación de los fundidores.

—¡Cuidado! ¡La cadena de la caldera se rompió!

Efectivamente, la gruesa cadena que sostenía la enorme olla se partía, debilitada quizá por el excesivo calor de la hoguera.

Un movimiento de terror conmovió la sala.

Los obreros, mirando hacia arriba, vieron con espanto que el recipiente se inclinaba hacia ellos, amenazando volcarles encima el metal hirviente, lo que significaba una muerte segura y horrible.

¿Qué hacer? ¡Un minuto, un segundo que se perdiera, y podría ser demasiado tarde!

De pronto surgió un valiente, Bermúdez, el capataz, el que hablara de su dicha y de su hijita pequeña, al comprender el espantoso peligro que pendía sobre sus camaradas, no titubeó. Tomando un grueso palo con el que atizaban el fuego, se arrimó a la campana que estaba a punto de caer y la mantuvo en suspenso durante los segundos necesarios para que los obreros se pusieran fuera de peligro.

—¡Corran! — gritó con voz estentórea —. ¡Sálvense!

Todos obedecieron la orden... Todos se salvaron de la muerte espantosa, menos aquél que los había protegido con su acto de excelsa grandeza.

Un hecho semejante es digno del bronce con que se recuerda a los héroes.

Y esa noche... En la modesta casa del obrero corrieron lágrimas, mientras una criatura inocente, sin darse cuenta del drama, jugaba entre sonrisas con la muñeca que días antes le había regalado su padrecito bueno.





BIBLIOTECA INFANTIL "GENERAL PERON"

TITULOS QUE COMPONEN ESTA BIBLIOTECA

Nº 1 Cuentos de hadas de la República Argentina. Nº 2 Cuentos criollos. Nº 3 Cuentos heroicos argentinos. Nº 4 El niño en la Historia Argentina. Nº 5 Aventuras de dos niños peronistas. Nº 6 La segunda independencia. Nº 7 Cuentos del 17 de Octubre. Nº 8 Historia de los gobiernos argentinos. Nº 9 El ejército del pueblo. Nº 10 Una mujer argentina: "Doña María Eva Duarte de Perón". Nº 11 Historia de las elecciones argentinas. Nº 12 La Argentina milagrosa.